

La Trágica Decisión del Teniente CHINEA

“¡CREO EN TI, FIDEL; CREO EN LA REVOLUCION!”



“China, habla; dí por qué has hecho esto”.

EN una oficina anexa al despacho de la Jefatura del Ejército, en el edificio del Estado Mayor, ubicado en el campamento militar de Columbia, se produjo un disparo. Los periodistas, camarógrafos, oficiales, soldados y civiles que esperábamos ser recibidos por el comandante en jefe, doctor Fidel Castro, quedamos sumidos en un profundo silencio. ¿Qué había sucedido del otro lado de la pared? ¿Se le había disparado accidentalmente el arma a alguien? ¿A quién?

En esos momentos abre la puerta de la oficina y penetra en ella el capitán Félix Martell. Súbitamente retrocede y grita:

—¿Un médico! ¿Un médico! ¿Hay aquí algún médico?

Detrás de él, abriéndose paso a duras penas por entre el público que se aglomeró en la puerta de la oficina, dos oficiales traían ya en brazos al primer teniente Aquiles China, oficial a cargo de la base aérea de San Antonio de los Baños.

Un oficial médico del Ejército rebelde acudió de inmediato al llamado del capitán Martell, admi-

nistrando al herido una inyección de coramina.

El herido, en brazos de los dos oficiales, desapareció por el pasillo rumbo al elevador. Desde el edificio del Estado Mayor fue conducido en una ambulancia hacia el centro de socorros del Hospital Militar.

El Comandante en Jefe

Todavía no había llegado el herido a la ambulancia que le esperaba a la salida del edificio, cuando apareció el comandante en jefe, doctor Fidel Castro.

Informado por un oficial de lo ocurrido en la oficina anexa a su despacho, se precipitó hacia afuera para acudir en ayuda del teniente China.

Preguntó si entre los que hacíamos antesala había algún testigo presencial de la tragedia. Al recibir una respuesta negativa y ante la esperanza de que el herido pudiera hablar todavía, pidió a los pe-

Más que su respuesta, lo que hace falta es salvarle la vida.

Estas fueron las exclamaciones del teniente del ejército Aquiles China, luego de intentar contra su vida en un despacho anexo a la Jefatura del Estado Mayor en el campamento militar de Columbia. El teniente China tenía a su cargo la base aérea de San Antonio de los Baños, de la cual fueron sustraídas las armas que serían devueltas después del intento de suicidio del joven y digno militar.

POR

ARMANDO R. AGUILERA

CON FOTOS DE BARCALA

riodistas presentes que le acompañasen hasta el Hospital Militar para que presenciasen cuanto ocurriera, para que oyeran cuanto se dijese. Mientras se dirigía al automóvil que nos habría de llevar al Hospital Militar, el doctor Castro tuvo expresiones conmovedoras. Sospechaba ya que el teniente China se había hecho el disparo con intenciones suicidas, que el arma no se le había disparado accidentalmente.

—¿Por qué ha hecho esto este muchacho? —se preguntaba en

voz alta y abrumado por el impacto—. ¿Qué necesidad tenía de acudir al suicidio cuando ya todo está en calma y teníamos la seguridad de que íbamos a recuperar las armas? ¡Y pensar que después de terminada la contienda civil todavía tendríamos que confrontar tragedias como ésta!

El teniente China, abochornado por no haber podido recuperar las armas robadas, pensando quizá que no serían devueltas en el Palacio Presidencial, como se había prometido, escogió la vía del suicidio





"Pidió a los periodistas presentes que le acompañasen hasta el Hospital Militar para que presenciasen cuanto ocurriera, para que oyeran cuanto se dijese".



"¿Por qué ha hecho esto este muchacho? —se preguntaba en voz alta y abrumado por el impacto—".

como única solución a su difícil situación de oficial digno y responsable. La prensa había dado a la publicidad que las armas serían devueltas ese día a las diez de la mañana. Pero hasta el momento en que atentó contra su vida —dos y diez de la tarde—, todavía no habían sido entregadas. En informaciones aparecidas después en los periódicos matutinos se decía que habían sido devueltas entre las siete y las ocho de la noche de ese mismo día.

En el Hospital Militar

Cuando llegamos al Hospital Mi-

litar en compañía del doctor Castro, el doctor Luis Orlando Rodríguez, ministro de Defensa; el capitán Felipe Guerra Matos, quien fuera designado más tarde director general de Deportes, y quien nos acompañara durante la primera parte del día por el Campamento para ayudarnos a recopilar datos para un reportaje que habrá de aparecer en estas mismas páginas, y otros más, yacía sobre la mesa de curaciones del centro de socorros el cuerpo del teniente Chi-
neá.

El doctor Castro, visiblemente conmovido, quizá si un poco abru-



Ya estaba a su lado el médico argentino y famoso líder guerrillero, comandante Ernesto Guevara".

mado por el hecho insólito, se inclinó sobre el herido y le preguntó:

—Chineá, habla; dí por qué has hecho esto.

Ve entonces la palidez de su rostro y la dilatación de las pupilas y comprende que más que su respuesta lo que hace falta es salvarle la vida. Ya el herido había sido atendido por los médicos de guardia y se habían tomado las primeras medidas para intervenirle quirúrgicamente.

Se inclina nuevamente sobre el herido y éste le dice:

—Creo en ti, Fidel; creo en la revolución, pero no podía soportar tanto peso.

Había hablado con gran dificultad, casi susurrando, y era de comprenderse. El proyectil calibre 45

de su pistola de reglamento había penetrado por el lado derecho de la tetilla izquierda y milagrosamente no había tocado el corazón.

El sacerdote católico

Cuando los médicos retiran al herido rumbo al salón de operaciones, donde sería operado más tarde, entra en escena el sacerdote católico Guzmán. Este tiene la impresión de que el herido no tiene salvación y quiere oficiar en sus últimos momentos de vida.

El herido habla otra vez y le pide al sacerdote católico que pida a su vez al doctor Castro que vele por su esposa e hijos. Los médicos que siguen a su lado descubren que su corazón late normalmente

(Continúa en la Pág. 118)

"Creo en ti, Fidel; creo en la revolución, pero no podía soportar tanto peso".

